

MATERIAL **1** DE APOYO CUENTOS PARA ENSEÑAR



PROSPERIDAD SOCIAL



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACION



Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República

Tatyana Orozco de la Cruz

Directora General para la Prosperidad Social

Lina María Castaño Mesa

Directora General Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema

Carolina Blackburn Cardona

Directora de Inversión Social Privada

Liliana Pulido Villamil

Directora de Gestión de Oferta Institucional

Juan Felipe Yepes Gonzales

Director de Innovación Social

Claudia Marcela Ruiz Carmona

Jefe Oficina Asesora de Planeación

Sandra Yanneth Bermúdez Marín

Asesora Dirección General Implementación Estratégica y Enfoque Diferencial

Rocío Acosta Rozo

Coordinadora Grupo de Relaciones Corporativas y Comunicaciones

Supervisores:

Carlos Alberto Garzón Riveros

María Fernanda Torres Torres

Colaboradores:

Este documento fue elaborado con el apoyo del Centro de Estudios Médicos Interculturales —CEMI— bajo la coordinación de la Dirección de Inversión Social Privada y del Grupo de Implementación Estratégica y Enfoque Diferencial de la Dirección General de la ANSPE

Revisión y Aportes:

Equipo técnico ANSPE Nacional: DISP, DIGOI, DIPROM, GIEED y OAP.

Material de apoyo n.º 1. Cuentos para enseñar

Lo que podemos hacer en comunidad para escuchar a nuestras autoridades

Lo que podemos hacer en familia para cuidar a nuestros niños

Lo que podemos hacer para tener una buena alimentación

Textos: Carolina Amaya

Ilustraciones: Juliana Serrano

Amazink Studio www.amazinkstudio.co

Diseño y diagramación: Ana María Zuluaga

Corrección de estilo: Santiago Zuluaga

Bogotá, diciembre de 2015

ISBN: 978-958-58681-7-5

© Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema (ANSPE)

© Centro de Estudios Médicos Interculturales (CEMI)

Se autoriza la reproducción de esta publicación con fines educativos y otros fines no comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor, siempre que se cite la fuente en su totalidad. Está prohibida la reproducción de esta publicación para la venta o para otros fines comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor.

CONTENIDO

5	Presentación
8	Cuento 1. Ahora sí me gusta estudiar
10	Cuento 2. El ají que nos quemó las manos
12	Cuento 3. Y ¿quién nos da permiso?
14	Cuento 4. Kumua Vii
16	Cuento 5. La pesadilla de Darwin
18	Cuento 6. Territorio indígena
20	Cuento 7. Vicente no aprendió inglés
22	Cuento 8. Autogobierno



PRESENTACIÓN

En su tarea de diseño y coordinación del esquema y los mecanismos de implementación de la Estrategia Nacional de Superación de la Pobreza Extrema, la ANSPE (Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema) ha tenido la responsabilidad de incluir a los grupos étnicos, en particular a los pueblos indígenas de Colombia. Con este objetivo, la Agencia ha formulado un Modelo Rural Étnico que forma parte de los lineamientos de acompañamiento comunitario de la Estrategia Red UNIDOS. Dicha estrategia busca establecer un proceso colectivo, participativo, incluyente y con enfoque diferencial para guiar la definición del acompañamiento institucional frente a las prioridades definidas conjuntamente con los beneficiarios.

Es paradójico que las comunidades indígenas estén incluidas en la categoría de pobreza extrema. En efecto, es preciso tener en cuenta las difíciles condiciones de vida a las que han sido sometidas debido al largo proceso de colonización, aculturación y pérdida de sus territorios y sus sistemas tradicionales de supervivencia. No obstante, muchas de estas comunidades han logrado sobrevivir y conservar mucho de su identidad indígena y cuentan con una serie de valores tangibles e intangibles que nos conduce a afirmar su verdadera riqueza. Los que poseen sus tierras aún tienen aire puro, aguas limpias, selvas y paisajes conservados, además de un enorme tesoro de conocimientos tradicionales derivados de sus leyes de origen y sus visiones de mundo.

Demasiado ricos, demasiado pobres también, los indígenas reclaman un acompañamiento del Estado colombiano que les permita recibir lo mejor de Occidente, sin por ello perder lo mejor de sus valores y de sus tradiciones ancestrales. Por eso la ANSPE ha visto la necesidad de que los cogestores sociales que se desempeñan en territorios en donde hay presencia de comunidades indígenas ofrezcan elementos adicionales de apoyo a problemas que han sido identificados por las mismas comunidades como prioritarios, proceso que ha de realizarse a partir de un respetuoso diálogo intercultural. Fue así como la Agencia recibió el llamado a colaborar con programas que contribuyan a la seguridad alimentaria, la protección de la primera infancia y el fortalecimiento de las autoridades tradicionales.

Diseñamos entonces un proyecto para «elaborar y validar una estrategia pedagógica en seguridad alimentaria, protección de la primera infancia y fortalecimiento de las autoridades tradicionales que refuerce las capacidades de los cogestores sociales en territorios indígenas». Para dicha tarea contamos con la colaboración del Centro de Estudios Médicos Interculturales (CEMI), una organización no gubernamental que ha trabajado desde hace varios años con pueblos indígenas y que tiene amplia experiencia en el diálogo intercultural dada su tarea de contribuir a la protección de la diversidad cultural, la conservación de la diversidad biológica y el mejoramiento de la salud humana.

Como resultado del proyecto, presentamos aquí un material pedagógico singular, pues no se trata simplemente de llevarles a las comunidades el modelo occidental de desarrollo, sino de procurar que puedan seguir viviendo según sus tradiciones. No se trata por tanto de fórmulas para que adopten los criterios ajenos y dejen los propios. En cambio hemos procurado construir reflexiones que alienten la interculturalidad y que permitan que, basados en el autocuidado, los indígenas oigan el consejo de sus autoridades ancestrales y tomen decisiones que les permitan gozar de una buena alimentación y de la sostenibilidad generacional al conseguir que sus hijos crezcan sanos y alegres con lo mejor de su identidad indígena.

Es difícil ofrecer reflexiones generales para la gran diversidad de pueblos indígenas que afortunadamente permanecen en Colombia. Sabemos que son casi dos millones de indígenas, cerca del 2% de la población nacional, con 87 grupos que se expresan en 64 lenguas indígenas pertenecientes a 13 familias lingüísticas. La mayoría, que habita en zonas rurales de casi 230 municipios repartidos en 27 departamentos, con tierras en resguardos indígenas legalmente constituidos, en parcialidades indígenas o en áreas no delimitadas legalmente, ocupa el 30% del territorio nacional. Algunos grupos tienen una amplia base poblacional, mientras que otros son minorías con gran riesgo de extinción. Algunos sostienen con fuerza sus tradiciones; otros están cerca de la condición campesina mestiza. Algunos apenas están en contacto inicial con el mundo occidental, mientras que otros ya están sumergidos en los criterios y valores de la economía de mercado. Son distintos los paisajes y ecosistemas en que habitan, así como diferentes son sus costumbres y los alimentos y plantas que consumen. Mientras hay indígenas que viven desplazados y perdidos en la maraña de los cinturones de miseria de las ciudades de los blancos, otros permanecen en sus exuberantes selvas, desiertos y páramos rebosantes de vida.

Es entonces una locura pretender que un solo lenguaje dé cuenta del fortalecimiento de autoridades, de la seguridad alimentaria y de la protección de la niñez de todos los pueblos indígenas de Colombia. Por ello la información aquí ofrecida debe ser adaptada y adecuada a la situación de cada pueblo, de cada familia y de cada individuo. Algunas reflexiones vienen bien a unos y no son compatibles para otros. Tendríamos que trazar un camino para cada cual, incluso en su propio idioma, tarea que nos resulta imposible por ahora. Permítannos pues ofrecerles este proyecto como un primer intento general que les sirva a todos y no excluya a ninguno.

Esta publicación propone el desarrollo de contenidos que se recogen en tres cartillas, cada una con su material de apoyo, y una guía explicativa sobre cómo usar los materiales en los hogares y las comunidades para la promoción de la seguridad alimentaria, la protección de la primera infancia y el fortalecimiento de las autoridades tradicionales. Queremos presentar algunas recomendaciones iniciales:

- En aquellas comunidades indígenas que cuentan con la presencia y el acompañamiento de un cogestor social de la ANSPE, será él quien, siguiendo la guía general del proyecto, promoverá su lectura y reflexión, de modo que todos aquellos que lean las cartillas puedan hacer ejercicios personales, familiares y comunitarios de reflexión. Pero allí donde no alcanzamos a llegar con cogestores sociales, confiamos en que la lectura de las cartillas promueva la reflexión y, quizás, líderes, profesores, jóvenes o mujeres entusiastas asuman la responsabilidad de su lectura y la realización comunitaria, familiar y personal.
- Para todos, recomendamos que lean las cartillas y procuren seguir los consejos que allí presentamos. Invitamos a los cogestores sociales y a los líderes a que se animen a tomar la guía explicativa y a intentar aplicarla en las familias y comunidades; el material de apoyo para cada cartilla podrá servirles para comprender mejor su contenido, información y consejos. En todos los casos, sepan que siempre habrá algún funcionario de la ANSPE listo y dispuesto para acompañarlos.

Para seguir siendo indígenas y vivir mejor vale la pena escuchar, respetar y valorar el sabio consejo de las autoridades tradicionales: los sabedores, las mamás, los médicos tradicionales. Para seguir siendo indígenas y vivir mejor es necesario cuidar y cultivar lo que el Creador nos ha dado: el territorio, los paisajes, las plantas. Para seguir siendo indígenas y vivir mejor hay que cuidar de todos los niños y las niñas, para que conserven su identidad como indígenas y como seres humanos ricos en tradiciones y cultura. No se trata de cerrarse al mundo moderno; se trata de que sigan viviendo con salud y alegría, de que aporten su voz para construir entre todos la Casa Común, nuestro planeta, con un Padre y una Madre de todos, aunque seamos hijos diferentes.

CUENTO

1 Ahora sí

me gusta estudiar

Ya estoy en séptimo grado y ahora sí me gusta estudiar. Cuando estaba en los primeros años de primaria no me gustaba ir a la escuela porque me tocaba vivir en el internado lejos de mis papás y de mi familia. Además, no entendía casi lo que los profesores hablaban en español. Ellos le decían a mi papá que yo estaba desnutrida porque no los entendía. Lo que no entendía era tanta cosa que hablaban tan rara: las señales de tránsito, los carros, las motos y los peatones. Si yo he vivido en la selva y lo único que conozco son los ríos y los caños, las cachiveras y las canoas. De motores, solo conozco el de la voladora de la Secretaría de Salud. También hablaban de la historia de Europa y de Oceanía, de los conquistadores de España que teníamos que aprender, y yo no entendía por qué, si fueron unos malos que les habían quitado las tierras a nuestros antepasados, los pueblos indígenas de América.



Cuando estaba en el internado lloraba horas y horas por las noches pensando en mi papá. A veces hasta me escapaba y llegaba a mi casa, pero mi mamá me regañaba y me mandaba de vuelta. Yo admiro mucho a mi papá. Él es payé y es historiador. Él sí se sabe la historia de nuestro pueblo. Siempre he sentido un gran respeto por él cuando se pone las plumas y danza o cuando coge el bastón de historiador y pasa horas y horas historiando durante las ceremonias. En mi comunidad todavía hacemos las danzas y las ceremonias del calendario tradicional y mi papá las organiza porque, además de ser el capitán de la comunidad, es sabedor o especialista de la cultura. Por eso la gente lo respeta y le obedece. También me gusta mucho acompañarlo a pescar y a cazar. Dicen por ahí que es de los pocos que todavía saben cazar de noche sin necesidad de linterna. La linterna no es buena, dice él, porque atrae los animales venenosos, como serpientes y arañas, y espanta las presas.

Mi papá ha trabajado con amigos de afuera para que nos ayuden a proteger nuestra cultura. Ya me gusta el colegio porque uno de esos trabajos fue cambiar la educación para que ahora sí nos enseñen cosas que nos sirvan para seguir siendo indígenas y para poder seguir viviendo en la selva. Todavía estaba en primaria cuando comenzó a funcionar el nuevo modelo de educación propia. Pusieron escuela en mi comunidad y trajeron un profesor que nos hablaba en nuestra lengua y nos enseñaba cosas importantes para nosotros. Ahí sí logré aprender el español rapidito y ya no dicen que soy desnutrida. Ahora dicen que soy inteligente y que puedo seguir estudiando. Yo quiero acabar el bachillerato, pero no me quiero ir de mi comunidad porque me gusta la vida aquí, en esta selva que nos da todo lo que necesitamos para vivir bien. Además, estoy aprendiendo para ser contestadora y ya estoy practicando en las danzas de las ceremonias. Mi mamá me está enseñando.

CUENTO

2 El ají que nos quemó las manos



Me llamo Mariela y vivo en un resguardo que no es tan grande, aunque hay suficiente tierra como para que cada familia tenga dos chagras, caño para recoger agua y algo de bosque para cazar de vez en cuando un animalito para la cena. Nuestro resguardo también tiene una laguna grande, que es como un brazo del río principal, y allí hay pesca abundante. Realmente no nos hace falta la comida, pero uno nunca está contento con lo que tiene. Por eso decidimos conformar un grupo de mujeres para discutir sobre nuestros problemas.

Un día, una de las compañeras trajo a una blanca que nos habló durante un buen rato. Decía que ella quería ser nuestra amiga y que nos quería ayudar. Habló de la pobreza y de la ignorancia, que son las que nos tienen mal; de las muiditas todas agujereadas de tanto restregarlas contra las piedras del río; de que no debíamos negarles a nuestros hijos la oportunidad de «ser alguien en la vida». Y nos propuso un negocio que sí nos iba a sacar de pobres. Nos dijo que nosotras teníamos un producto fácil de cultivar y empaclar para exportación: el ají moqueado. El ají es muy importante pues junto con el casabe es nuestro principal alimento. Por eso pensamos que sí era fácil sembrar y moquear mucho más ají para vender.



Durante meses nos dedicamos al *negocio*. Hasta descuidamos la chagra y la comida de la familia. Sembramos y cosechamos y después ahumamos y majamos. Andábamos con los ojos rojos y las manos quemadas pero teníamos la ilusión de la platica que iba a entrar. Nos pusimos de acuerdo y recogimos lo del transporte para sacar a la ciudad el primer pedido. De eso hace ya dos años y no hemos visto ni un peso por la venta de nuestro ají. Tampoco nos ha dado ninguna explicación la blanca. Ya ni nos importa porque al final sirvió para que nos uniéramos y pensáramos bien las cosas. Hablar entre nosotras nos sirvió para darnos cuenta de otros problemas de nuestras comunidades: la desunión de todos, que lleva a chismes y peleas y además facilita que nos engañen; los malos pasos de los hijos, desobedientes e irrespetuosos con los padres y los abuelos; la violencia dentro de las familias; la corrupción de nuestros representantes. Nos dimos cuenta de que lo malo que nos pasaba no era la falta de plata sino que estábamos perdiendo nuestra identidad como indígenas.

Tanto hablamos entre nosotras que terminamos armando una unión de mujeres que sirvió para animar a todos en las comunidades a organizarnos. Creamos la asociación de autoridades tradicionales indígenas, reflexionamos todos juntos sobre lo que hemos perdido y podemos recuperar y lo que tenemos fuerte que debemos conservar. Ya estamos listos para proponer el modelo de educación propia para nuestros hijos y nietos. La historia nos sirvió sobre todo para entender que lo más importante es estar unidos, pensar con un solo pensamiento y recuperar nuestros valores para seguir siendo indígenas.

¡Y pensar que todo comenzó con los ojos rojos, las manos quemadas y un negocio fracasado!

CUENTO

3 Y ¿quién nos da permiso?



Graciela es nieta de una partera ya mayor que ha recibido los niños del pueblo desde hace muchos años, tantos que ya ni recuerda cuántos. Últimamente han llegado a la comunidad los programas de salud que invitan a que todos los partos sean atendidos en el hospital, y su abuela ya no se atreve a recibir más porque le han dicho que cualquier complicación y la mandan a la cárcel. Todos saben que ella es una especialista de la medicina tradicional pero probablemente se irá a la tumba con todos esos conocimientos porque ya nadie quiere arriesgarse a aprender con tanta amenaza.



Graciela tuvo su primer hijo hace poco y casi se muere porque no había ambulancia para sacarla al hospital, que queda a varias horas de camino desde su casa. El invierno había sido muy fuerte este año y las carreteras estaban intransitables. Graciela no había querido que su abuela la examinara durante el embarazo porque le habían dicho en el puesto de salud que le quitarían el subsidio si no iba al hospital para los controles y el parto. Pero cuando comenzó a sangrar y dejó de sentir al bebé, le pidió ayuda a la abuela: sabía que no lograría llegar al hospital. Después de rogar y rogar, la partera al fin le ayudó y gracias a Dios todo salió bien. ¡Qué hubiera sido de ella y de su bebé si la abuela no hubiera estado cerca!

Ahora sí quiere aprender y ha buscado razones para convencer a la abuela de que le enseñe. Estuvo en un curso y comprendió que dentro de los derechos especiales de los pueblos indígenas está el derecho a recibir atención de los programas de salud occidental; pero también está el derecho a conservar las instituciones propias como los médicos tradicionales, los conocimientos y prácticas de la cultura y las benditas plantas medicinales como las que su abuela le dio para ayudar a apurar el parto y parar el sangrado. ¡Y que para eso no tienen que pedirle permiso a nadie!

CUENTO

4

Kumua Vii



Al comienzo José era tímido y participaba poco en las reuniones comunitarias. Se sentaba en primera fila y anotaba en su libreta con letra temblorosa e infantil todo lo que le parecía importante. Siempre ha sido amable, generoso y muy dulce en su trato.

Había llegado hacía poco desplazado de Vaupés y le había sido asignado un lote en el extremo más alejado del resguardo. Levantó su ranchito en medio del bosque apenas con lo necesario para vivir. Allá vivía con su mujer y algunos nietos. Estaba sembrando yuca y esperaba que pronto se juntaran los hijos con sus familias.

Cuando nos invitaron a un intercambio con los sabedores de Vaupés para ayudarnos a pensar bien nuestro proceso organizativo, me di cuenta de que José recibió, obediente, lo que los sabios ofrecieron —como el yopo, el caapi y el mambe, que son nuestras plantas sagradas— y estuvo sentado derecho en su puesto toda la noche, atento a todo. Al otro día, cuando nos reunimos para compartir reflexiones, Payé Mendí lo invitó a hablar primero y José contó que vio que todos venimos con el palo de yuca y que eso es conocimiento que hay que valorar, porque el que no valora el conocimiento tradicional no es indígena. Me gustó mucho la fuerza con la que dijo estas palabras. Después Mendí completó diciendo que él traía una semilla de conocimiento que no es para cualquiera, pues hay unos que tienen capacidad para aprender. Al principio yo no entendí qué estaba pasando. Ahora ya entiendo bien.

Todo comenzó con un taller de salud en el que nos hablaron de nuestra cultura. Es raro ver a un blanco hablándonos a nosotros los indígenas de cuidar y recuperar la cultura para tener buena salud. De pronto se puso a contar de las danzas en la gran maloca y las flautas sagradas, los plumajes y las pinturas. Y se me vino como una avalancha el recuerdo de una danza en una maloca. Es quizás el único recuerdo que tengo de mi infancia antes de venirnos para estas tierras con mis papás, por allá hace unos sesenta años. Fue tan intenso el recuerdo que me eché a llorar y le rogué al blanco que no nos dejara así nomás, que nos ayudara a recuperar lo que somos. De eso no hace mucho y miren ya en lo que vamos: tenemos nuestra organización, hemos redactado un plan de vida diferente y ya han vuelto a rezar y aconsejar nuestros propios payés. Pero eso no fue fácil.



Los mayores de las comunidades sí sabían unos cuantos rezos. Como mi marido, que había sido señalado para ser especialista de la cultura pero salió de su comunidad cuando era joven y dejó abandonando su entrenamiento. Aquí nos encontramos y nos casamos y es quien ha rezado a todos los niños que nacen en la comunidad. Pero esa noche con los sabios supo que no era él el que tenía la fuerza para dirigirnos a todos.

Aunque hemos perdido mucho, las reflexiones con las plantas nos dieron esperanzas. Aprendimos que también hay cosas que no hemos perdido y que podemos recuperar y fortalecer. Como la autoridad de los mayores. No sabíamos muy bien cómo hacer. Lo entendimos durante el viaje de intercambio en la ceremonia de Dabucurí. Fue en esa gran maloca donde nuestros mayores se reconectaron con el Espíritu del Conocimiento. Sobre todo José. Por eso ahora le decimos Payé José con mucho respeto.

Ahora ya entiendo lo que dijo Payé Mendí después de esa primera noche de intercambio: que hay unos que tienen más capacidad para aprender y aconsejar. Entendí que se refería a Payé José. Al regresar sabíamos lo que teníamos que hacer: construir la maloca o Kumua Vii en cada comunidad. La de Payé José es la más bonita. Allá se sienta ahora a hacer los rezos y cuando habla ya no es tímido. Sigue siendo dulce pero la fuerza de su autoridad se siente sobre todo cuando nos aconseja en la Kumua Vii. Por eso no nos deja que hagamos fiestas civiles ni reuniones comunitarias en ella, para eso tenemos la caseta comunal, dice él, mientras que esta es la Casa de la Sabiduría, donde nos visita el Espíritu del Conocimiento y donde nos ha dicho que todo lo que estamos haciendo es para el futuro, para enseñarles a los hijos y a los nietos.

CUENTO 5



La pesadilla de Darwin

En los últimos años han llegado muchos proyectos productivos para la Asociación. Dicen las personas de las instituciones que los indígenas de la selva son muy pobres porque no tienen dinero, casa de material ni televisores y porque no hay carreteras para el desarrollo. Es cierto que a veces les hace falta la plata para comprar las cosas de afuera que les interesan como los celulares para comunicarse con los parientes que están lejos o la gasolina para el motor de la lancha.

No han faltado las discusiones largas y a veces acaloradas en las reuniones comunitarias cuando se habla de conseguir plata: la hidroeléctrica que quiere poner el Gobernador para lo que tendría que desviar el río lejos del poblado; la minería ilegal que proponen unos o la minería legal de las concesiones otorgadas por el gobierno; los proyectos productivos de algunas entidades gubernamentales y no gubernamentales; los Pagos por Servicios Ambientales (dizque van a llegar con montones de billetes); los proyectos del Sistema General de Participaciones, que se han vuelto un dolor de cabeza porque nadie sabe cómo formularlos para que no les quiten la tajada.

Yo estuve presente durante algunas de esas discusiones. Soy zootecnista y había venido de Bogotá para hacer unos estudios sobre especies útiles de la selva. Por eso también ofrecí ayudar a revisar todos esos proyectos que habían llegado últimamente y propuse un trabajo como parte de una materia del colegio. Se reunieron los estudiantes por comunidades y escogieron los proyectos que iban a revisar: las gallinas que recibieron Gabriela y María en Las Delicias; el proyecto de cerdos en La Libertad; el estanque de cachamas de la familia Rodríguez en San Francisco, y la tienda de la mujer del capitán de Buenavista.

Gabriela y María estaban cansadas de trabajar doble. Tenían que sembrar mucha más yuca y cargar y rallar para sacar masa para alimentar las gallinas. Se les ocurrió entonces alimentarlas con termitas, pero también se cansaron porque tenían que internarse más lejos en la selva para traer los nidos. En su casa nadie comía gallina ni huevos porque son alimentos prohibidos para los aprendices y los niños pequeños. María tenía la ilusión de venderlos al personal de salud, pero por esa época las EPS se quebraron y nunca mandaron las brigadas que supuestamente comprarían los huevos y las gallinas. Y claro que ni pensar en pagar avioneta para sacar los productos a la ciudad. Al final, alguna vez que salieron a cobrar lo del subsidio familiar les robaron las gallinas y hasta ahí llegó el negocio. Nunca había habido robos en la comunidad. Ahora dicen que les da tristeza pensar que el robo haya entrado con el proyecto que trajeron de afuera.

La mujer del capitán de Buenavista puso su tienda. Con dineros del proyecto pagó un primer viaje de avioneta para traer la mercancía. Lo que nunca tuvo en cuenta es que allí en la comunidad no hay dinero, así que terminó fiando todos los productos. Todavía se los deben y no hay esperanzas de que le paguen y menos de que ella les cobre a sus familiares y vecinos. Lo más grave que encontraron los estudiantes en esta investigación es que el poblado se llenó de basuras, hasta en el río terminaron botando paquetes y envases.

Los cerdos de La Libertad crecieron y se reprodujeron. Toda la comunidad se unió para sembrar maíz para alimentarlos, pero no tuvieron en cuenta los costos del transporte para sacar los cerdos a la venta. La Libertad queda a varias horas de la siguiente comunidad, donde sí hay pista de aterrizaje, y el río tiene un par de raudales que dificultan la navegación, sobre todo si la carga es un cerdo cebado. Sacrificar el cerdo para sacar la carne era un riesgo por la posibilidad de que se dañara durante el viaje. Fueron tantos los obstáculos que terminaron abandonando el proyecto. Cuando se hicieron las cuentas encontramos que la inversión fue de veintidós millones de pesos y la ganancia para cada familia fue de veintiséis mil pesos por treinta y cinco kilos de carne que lograron vender. De resto solo fueron pérdidas: los pocos cerdos que lograron sobrevivir hurgaban por todos lados, se metían en las casas, se robaban la ropa para comérsela y se revolcaban en el caño cercano donde se recoge el agua de beber. Se volvieron como una peste.

La familia Rodríguez trancó el caño que pasa por la comunidad de San Francisco para hacer un estanque. Allí pusieron los alevinos del proyecto y doña Encarna trajo en la avioneta los bultos de purina para alimentar las cachamas. Pero por esos días hubo un vendaval y se mojaron los bultos de modo que la purina quedó inservible. Las cachamas terminaron comiéndose todas las sardinitas del caño, las que los niños pescaban para la quiñapira del desayuno de las familias. No se sabe qué pasó con las cachamas que lograron escapar al río principal. Ojalá se hayan encontrado con alguna piraña más grande.

Por esos días les mostré en el colegio un documental muy impresionante que ilustra sobre lo peligroso que es ingresar proyectos que no sean cuidadosos con las características ambientales y las necesidades sociales y culturales. Después les compartí los resultados de la investigación que yo mismo hice con los sabedores y mayores de la comunidad de Puerto Nariño sobre alimentos propios: cientos de insectos comestibles como grillos y saltamontes, termitas, avispas y hormigas; mojoyoy y otras larvas; ranas, iguanas, babillas, camarones, peces de todos los tamaños y sabores, y todos los animales silvestres que cazan. «¡Tantos y tantos alimentos que tenemos disponibles!», dijo Luis Carlos, «siempre que cuidemos la selva y obedezcamos a los mayores para que los dueños de los animales nos permitan cogerlos».

Me di cuenta entonces de que desde hace unos años han dejado de consultar a los mayores. Por eso creo que no han funcionado esos proyectos. Lo bueno es que ahora ya saben que sí son ricos en otras cosas diferentes al dinero: aire puro, agua limpia, selva, comida. Tienen territorio, pero sobre todo les quedan todavía los sabedores que lo manejan para que brinde todo lo que necesitan y así no tengan que depender de nadie. Esa es una lección que no pueden olvidar nunca.

CUENTO



Territorio indígena

Me llamo Karen y ya casi cumpla diez y ocho años. Nos tuvimos que venir desplazados del resguardo donde vivíamos. Llegamos mi mamá, mis cuatro hermanos menores y yo apenas con la ropita de cada uno. En las oficinas de la alcaldía le dijeron a mi mamá que otras mujeres desplazadas estaban invadiendo un terreno y que nadie parecía estar evitándolo. Para allá nos fuimos con la ilusión de encontrar dónde armar el cambuche. Los primeros días fueron difíciles por la lluvia que se nos colaba por todos lados. Pero mi mamá logró finalmente que le regalaran un buen trozo de plástico y un vecino nos ayudó a encerrar un cuarto.

Han pasado ya casi tres años y estamos acomodados. El ranchito ha mejorado y ya nos sentimos como en casa: en el solar se están dando la yuca y la batata que sembramos, y tenemos plantas medicinales, frutales y palmas de pupuña y mirití que pronto darán cosecha.

Estoy muy orgullosa de mi mamá. Desde el primer día ha aconsejado a todos en el barrio para que no olvidemos lo que es ser indígenas. No ha querido aceptar cargos en la junta pero ha logrado que la escuchen para trazar bien el barrio. Su primer consejo fue que dejáramos un buen solar para poder seguir sembrando la comida y para poder tener animales domésticos. También logró que no se invadieran las márgenes de la laguna. Aunque los blancos le dicen pantano, nosotros consideramos que es una laguna que tiene derecho a estar ahí, que no debemos desecar ni contaminar con basuras. Es bonito cuando caen las lluvias y se llena y de verdad parece una gran laguna a donde podemos ir a tomar el agua, a buscar ranas y hasta pescar sardinas.

Algo en lo que mi mamá ha trabajado duro es en el tema de las basuras. Gestionó con la alcaldía y logró que el carro de recolección llegue hasta un punto de acopio. Pero nos ha insistido mucho en que debemos aprender a clasificar y separar. En todas las casas se están utilizando los materiales reciclables para hacer jardineras y materas. Mi mamá también nos enseñó a hacer camas de siembra con los desperdicios de la cocina y de la huerta para tener tierra abonada. Ya hemos sembrado plantas medicinales, frutas, condimentos y plantas ornamentales para embellecer los ranchitos.

También aconsejó para que no talaran todas las palmas y los árboles que había en el terreno. Las casas se han armado bajo el sombrío y esto ha permitido que los cultivos crezcan más rápido. Ha servido para que tengamos pájaros que nos alegran con sus cantos y han vuelto animalitos como ardillas, iguanas y un perezoso que se cuelga sin que nadie lo moleste. El profesor Nacho vino al barrio y se encantó con la cantidad de aves y hasta nos enseñó a mirarlas con los binóculos. Si seguimos organizados quizás podamos poner una estación de avistamiento de aves para turistas extranjeros. Pero eso tal vez lo hagamos más adelante.

No puedo olvidar una noche, recién llegados, cuando mi mamá invitó a todas las familias para que hiciéramos una fogata y contáramos las historias del desplazamiento que nos tenía lejos de nuestras familias y territorios de origen. Hubo llantos y tristezas pero al final solo quedó la alegría de haber encontrado una nueva familia.

Ya sé que cuando sea grande quiero dedicarme a cuidar la naturaleza y agradezco lo que he aprendido en estos años de desplazamiento para entender la forma en que los indígenas nos relacionamos con las otras personas y con el territorio.

CUENTO

7



Vicente no aprendió inglés

Vicente nació en una comunidad indígena pero ha vivido poco allí. Su papá es maestro y ha pasado la vida andando de un lado para otro. Vicente lo ha seguido a todos lados. Finalmente le salió un traslado para Bogotá y allá se fue también. Terminó el bachillerato y logró una beca por ser indígena para estudiar en una universidad privada de la capital. Ya había avanzado varios semestres pero le tocó retirarse porque no logró pasar el examen de inglés que le exigían, a pesar de los cursos que le pagó su papá. Le dijeron que si no tenía ese examen no podía seguir.

Aunque triste por el fracaso, se volvió animado a su tierra. Hacía tanto que no veía a sus familiares y paisanos que se le olvidaron las tristezas y rápidamente se consoló, consiguió mujer y tiene hoy un par de hijos que le alegran los días con sus ocurrencias. Las autoridades le asignaron un terreno para abrir chagra. Ha vuelto al mambadero a escuchar las historias de los mayores y está empeñado en que sus hijos aprendan todos los conocimientos de la cultura que él se perdió por estar andando con su papá.

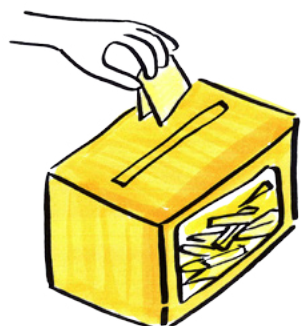
Además, Vicente domina muy bien el español. Por eso le han pedido que represente a su comunidad en diferentes reuniones y actividades, como un curso sobre Derecho para pueblos indígenas al que asistió hace poco. En ese curso aprendió sobre el derecho de los indígenas a conservar la propia lengua y el deber de todos de respetar y cuidar las lenguas indígenas. Aprendió que en escuelas, colegios y universidades el español se debe considerar como segunda lengua para los indígenas. Según eso, la universidad no podía quitarle el cupo por no tener el inglés. Ahora quiere que todos sus paisanos conozcan sus derechos y sus deberes para que no pierdan oportunidades como él.



CUENTO

8

Autogobierno



El año pasado nos ganamos una convocatoria para un proyecto de capacitación de líderes indígenas en legislación para la defensa de sus territorios. Preparamos los contenidos, los materiales didácticos y la logística del curso. Después de enviar las invitaciones, se inscribió un grupo de indígenas en representación de varias Asociaciones de Autoridades Tradicionales Indígenas. Cuando comenzamos el curso, se hicieron las presentaciones y vimos con preocupación que muchos de los estudiantes eran autoridades con experiencia de varios años: capitanes, presidentes de asociaciones, representantes de organizaciones indígenas del nivel regional; nos preocupamos porque creíamos que llegábamos con contenidos que la mayoría de los participantes ya conocía.

De todos modos seguimos adelante con la programación porque también estaban inscritos algunos jóvenes sin ninguna experiencia. Tendríamos que mediar entre ambos grupos y así lo advertimos.

Según lo planeado avanzamos en la revisión de temas como el Derecho propio y el Derecho occidental, con los instrumentos nacionales e internacionales que se han desarrollado para la protección de los pueblos indígenas. Llevábamos veinte días revisando estos temas y ya casi terminaba el primer módulo de dos que dictaríamos. Me correspondía insistir en el repaso sobre los derechos fundamentales de los pueblos indígenas y pedía ejemplos para asegurarme de que —sobre todo— los jóvenes los hubieran entendido y aprendido.



La clase no avanzaba porque algunos de los líderes experimentados se mostraban inquietos, estaban más habladores que de costumbre y se negaban a obedecer ante mis pedidos de silencio. Hacía calor y caía al tiempo sobre el tejado de cinc una lluvia insistente que no dejaba oír mucho. Un poco cansada y bastante molesta pedí silencio y les llamé la atención por su falta de delicadeza y respeto con mis esfuerzos por enseñar a los jóvenes.

Entonces uno de los estudiantes que estaba generando el desorden pidió la palabra. Se veía indispuesto y creí que se iría en contra de mí, de mis métodos pedagógicos, de mi impaciencia o incluso de los contenidos que quizás ya eran requetesabidos por la mayoría de los estudiantes. Lo que dijo, sin embargo, me dejó asombrada: confesó que llevaba muchos años siendo líder de su comunidad; que había sido capitán varias veces, presidente, secretario y tesorero de la AATI; que ahora venía en representación del consejo regional indígena, y que aspiraba eventualmente a ser candidato de elección popular en el ámbito municipal o departamental. Y que nunca —lo decía con verdadera vergüenza— había entendido el concepto de autogobierno. Que él había creído siempre, y que así se entendía en su comunidad y en su Asociación, que autogobierno se refería a que quien era elegido podía gobernar como quisiera y en función de sus propias ideas y de sus propios intereses. Se excusaba también en la falta de remuneración de esos cargos que ha llevado a los candidatos a considerar que, si ganan la elección, los proyectos que logren conseguir son para suplir sus propias necesidades y las de su familia; y que el ejemplo de los políticos no ha hecho más que mantenerlos en el error durante tanto tiempo.

Hubo un silencio incómodo en el salón y después varios estudiantes más confesaron tener la misma idea sobre el autogobierno. Se mostraron avergonzados y entendí el ambiente de malestar que había ido creciendo durante el desarrollo de la clase. Estas confesiones no hicieron más que llenarme de compasión y amor por mis estudiantes. Se repetía la historia de discriminación y abandono en la que han estado los indígenas desde el mismo momento en que los europeos pusieron pie en América. Tantos años ya desde que se promulgó la Constitución del 91, tantos desarrollos legales, tantas normas que se firman y se tumban y me daba cuenta de que el mandato por excelencia no se había cumplido: enseñar a todos los indígenas del país cuáles son sus derechos para que efectivamente exijan su defensa y cumplimiento por parte de toda las personas de Colombia, empezando por sus mismas autoridades indígenas.

Diego, que es uno de los estudiantes jóvenes que no había tenido capacitaciones antes, pidió la palabra. Nos contó que es capitán de San Gabriel, como lo fueron su papá y su abuelo. Todos han sido sabedores y manejan el conocimiento tradicional; por eso son reconocidos como la autoridad. Con gran naturalidad expresó, entonces, que ahora entendía que allí en su comunidad sí han ejercido correctamente el derecho al autogobierno, es decir, el gobierno según sus propias instituciones tradicionales, por lo que no hay elección popular de capitanes; y que estos, por ser los mismos sabedores, trabajan por el bien de la comunidad y no por intereses personales.

Después terminamos la explicación de cada uno de los derechos con la promesa de parte de todos los estudiantes de aprenderlos para compartirlos con todas las personas de sus comunidades.





